

COMITÉ EDITOR:

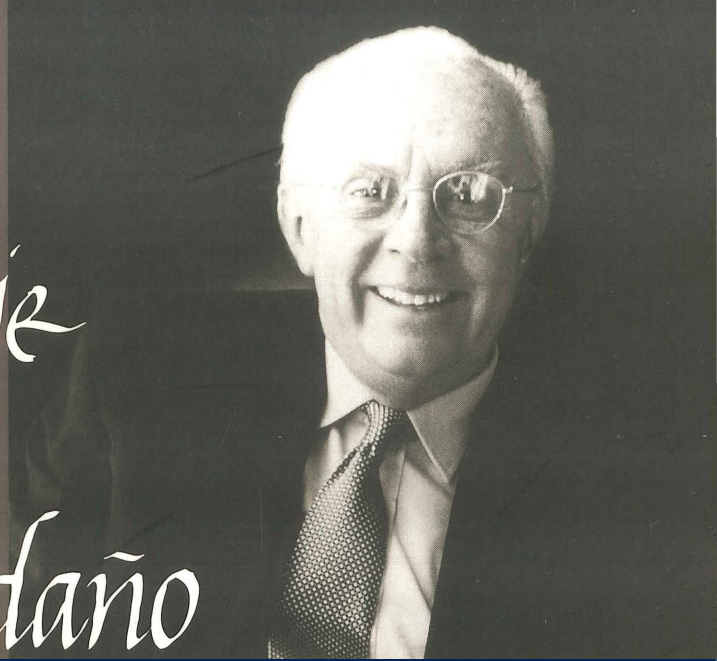
Javier de Belaunde López de Romaña

Alfredo Bullard González

Luis Pizarro Aranguren

Carlos Alberto Soto Coaguila

Homenaje
a
Jorge
Avendaño



Capítulo 52



Pontificia Universidad Católica del Perú
FONDO EDITORIAL 2004

Homenajea Jorge Avendaño
Tomo I

Comité Editor: Javier de Belaúnde López de Romaña
Alfredo Bullard González
Luis Pizarro Aranguren
Carlos Alberto Soto Coaguila

Diseño de carátula: Iván Larco

Copyright © 2004 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica
del Perú. Plaza Francia 1164, Lima
Telefax: 330-7405. Teléfonos: 330-7410, 330-7411
Correo electrónico: feditor@pucp.edu.pe

Obra Completa:
ISBN: 9972-42-645-9
Depósito legal: 1501052004-5274

Tomo II: 9972-42-647-5

Primera edición: junio de 2004

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Jorge Avendaño en la aventura de una palabra

Alfonso Salcedo Rubio*

COMO SUELE SUCEDER a quienes hacen de la palabra una profesión, durante largo tiempo anduve en pos de fórmulas de excelencia comunicadora que me permitieran decir mucho con muy pocas palabras.

Sintetizar un gran tema, un discurso complejo, una propuesta política, una acontecida historia o, finalmente, una larga biografía, en un breve párrafo, fue siempre para mí un objetivo y un reto a menudo inalcanzado. Logré, sin embargo, en algunas ocasiones, condensarlo todo en ese ansiado y escueto sembrío de tres o cuatro surcos. En contados casos conseguí que una sola frase fuera el recipiente idóneo. Pero lo que solo he logrado en muy raras oportunidades ha sido conseguir que una simple palabra abarcara todo lo que quisiera decir.

Jorge Avendaño me proporcionó esta oportunidad con su vida, sus maneras, su conducta, sus actos e, incluso, con lo que dejó de hacer. Todo ello fue a parar al ámbito ajustado de una sola palabra, y me proporcionó irrepetible satisfacción.

No éramos amigos, pero ocasionalmente había escuchado hablar de él, sobre todo en predios cercanos a la Universidad Católica. La política, cuando se ejerce con la entrega y el apasionamiento con que los hombres de mi generación solíamos emprenderla, proporciona

* El presente artículo fue entregado cuando el libro se encontraba en la etapa de impresión. Por esta razón se publica al final del mismo.

inexpresables placeres, crea hermandades indestructibles, pero, al mismo tiempo, forja personalidades hurañas y aleja unos de otros a seres humanos que, de distinto modo y trabajando de consuno, habrían potenciado la fuerza de su dedicación al Perú.

¿De la amistad de cuántos Jorges Avendaños a la izquierda y a la derecha la política me ha privado? No sé la respuesta; pero, luego de conocer a Jorge, lo lamento tanto.

Si me fuera dado rebobinar mi vida, seguramente volvería a repetir el camino que he seguido; no obstante, ahora lo emprendería con los brazos abiertos, el gesto sonriente, sin discriminar a nadie confiando en que nadie me discriminaría.

Estoy seguro de que Jorge también piensa de la misma manera. Me lo demostró no hace mucho cuando me presenté ante él con una propuesta insólita: «Armando Villanueva —le dije— es un personaje singular de la historia peruana. Es el ejemplo de una vida entregada a luchar, a pensar y a amar a su pueblo, sin la pausa de un solo día; su larga y sacrificada dedicación al Perú lo convierten en un verdadero héroe civil». Así iba diciéndole, cuando me interrumpió: «Alfonso, Armando es una persona ejemplar a la que el Perú le debe un homenaje y una gran reivindicación» y, adivinando que ese era el motivo de mi visita, se anticipó: «Si se tratara de organizar ese homenaje, ponme a mí entre los promotores de primera fila».

No es motivo de este testimonio; sin embargo, conviene no dejar al lector en suspenso, razón por la que concluyo esta digresión contando que, animado por la respuesta positiva de Jorge, visité a otros peruanos ilustres como Fernando Silva Santisteban y Róger Guerra-García y al empresario Roque Benavides Ganoza, de quienes recibí respuestas similares a la que Avendaño me había expresado con tanta generosidad.

Al llegar a este punto, me encaminé a la casa de Armando y lo puse al corriente de la iniciativa y de la cálida acogida que esta había tenido; pues no quería ponerlo frente a una situación de hecho que, por muy halagadora que fuera, podía no corresponder a un temperamento espartano como el de él, más dispuesto para el sacrificio que para los honores.

Lo que me temía sucedió: mientras le iba contando, advertí que el veterano luchador se emocionaba, pero al cabo de unos segundos, reponiéndose de esa debilidad me dijo: «Lo que me cuentas me conmueve y lo agradezco menos a ti que eres mi compañero, y más a esos ilustres caballeros que me permiten avizorar un futuro en el que los odios y los enfrentamientos entre peruanos queden cancelados; pues

el país es de todos, y porque solo juntos podremos emprender la tarea redentora que se espera de nosotros. Agradéceles en mi nombre, díles que doy su gesto por recibido, pero que encuentro que hay tareas más urgentes que nos comprometen a todos».

Y volviendo a los días en que aún no conocía personalmente a Jorge Avendaño, debo decir que por las versiones escuchadas supe de su carrera fulgurante y, luego, de su conducta enteriza en los patios, aulas y órganos directivos de la Universidad Católica. En ese momento, la imagen que tenía de él era la de un distante y prestigioso maestro universitario. Sabía que ejercía el decanato de la Facultad de Derecho y que vivía muy entregado a la modernización de la pedagogía y de los conceptos de un Derecho que congeniara estrechamente con los valores supremos del ser humano, como corresponde a todo aquel que se empeñe en afanes de consecuencia con el espíritu de su alma máter universitaria; sabía, además, de su ideal de dejar en esa facultad nuevos ladrillos hechos de arcilla y de espíritu, como los del viejo Convictorio de San Carlos, donde, según el decir de su rector, don Toribio Rodríguez de Mendoza, «hasta los ladrillos son insurgentes». Jorge Avendaño, por aquellos días, ponía apasionado tesón en la tarea de dejar la impronta de una gestión integral en la que lo intelectual, lo espiritual y lo material marcharan en indivisible comunión.

Por mi parte, yo había transitado por la vida dando saltos del periodismo juvenil al activismo político franco y directo; de allí a la literatura y otra vez a la política. En función de ella me convertí en comunicador social o, como dicen algunos, publicista o estratega de la comunicación.

Así, no hubo campaña electoral de las realizadas en el Perú desde 1962 en la que no participara activamente apoyando y, luego, conduciendo a los candidatos de mi partido o, como sucedió a menudo, a otros candidatos, siempre y cuando fueran personas que merecieran mi respeto y consideración.

De este modo me relacioné con toda suerte de postulantes, unos más y otros menos preparados. Los políticos cuya formación intelectual y técnica se ve a cada paso interferida por los avatares propios de esta actividad tan envuelta en el riesgo y la aventura, en países como el Perú, están en clara desventaja frente a los académicos cuyas vidas transcurren entre aulas y libros. Yo estaba acostumbrado a tratar más con los primeros y en el fondo sentía un secreto temor al confrontarme con los segundos, que saben mucho pero que, lamentablemente, representan a pocos.

Por esa razón, aquel día de 1993 en que sonó el teléfono de mi oficina, al escuchar la voz pausada y el vocabulario atildado de una persona que dijo llamarse Jorge Avendaño y estar interesada en conversar conmigo a fin de que lo aconsejara en algunos asuntos, no dejé de experimentar una sorpresa inquietante. ¿Qué sabría yo que no supiera, multiplicado por cuatro, aquel renombrado maestro universitario?

Nos juntamos al día siguiente en *La Tiendecita Blanca* de Miraflores. Me trató con simpatía y respeto. Noté en él un no impostado deseo de acortar distancias. Era evidente que para este caballero pulcramente vestido, también constituía una experiencia interesante confrontarse con un espécimen raro de la sociedad, del que se decía con exageración que era poseedor de conocimientos y secretos requeridos para ganar una elección. «Francamente —me dijo, tratándome de tú desde el primer momento y pidiéndome la reciprocidad—, sé que eres uno de los mejores estrategias electorales que existen en el Perú, así lo he leído en algunas partes, y así me lo han confirmado amigos por cuya opinión tengo gran estima, como son Marcial Rubio». «Y cómo no va a ser —lo interrumpí— si es mi primo hermano». «Pero también me lo han dicho Mirko Lauer, Alberto Bustamante y otros». No sin sonrojo se lo agradecí y, a partir de ese momento, sentí que él se dirigía a mí, en mi tema, como un lego se dirige a una autoridad.

Acepté hacerme cargo de la tarea de contribuir con su victoria en los comicios de aquel año, para elegir al Decano del Colegio de Abogados de Lima.

Desde el primer día, tuve la sensación de que había ganado un amigo que me inspiraba respeto y que me prodigaba el mismo sentimiento.

Luego, él me presentó a jóvenes pero ya notables abogados que habían decidido contribuir al éxito de este candidato cuyas posibilidades electorales se veían seriamente comprometidas por el fuste de su principal oponente, el doctor Vladimir Paz de la Barra, por proceder de la Universidad Católica, de cuyas filas no habían salido muchos decanos del CAL, y porque su gran prestigio como maestro no había trascendido aún de manera suficiente. La empresa así lucía difícil, mas no imposible, dadas las calidades personales de «mi candidato».

Cuando hicimos la primera encuesta midiendo las posibilidades de cada postulante, el doctor Avendaño aparecía rezagado por cerca de treinta puntos respecto de su talentoso y activo oponente. Yo, sin

embargo, tenía fe en su triunfo, a juzgar por su inteligencia, seriedad, rigor, contracción a la tarea, simpatía, talante de hombre confiable y, además, por su espíritu organizado, por no dejar ningún cabo suelto, ningún detalle desatendido. En suma, por ser un hombre eficiente que hacía caminar a su equipo de campaña con la exactitud cronométrica de un Longines.

Reunido por primera vez con su Comando de Campaña, se me pidió que elaborara la estrategia de contenidos, organización y acciones de la contienda. Los documentos serían examinados por el mismo doctor Avendaño y su brillante equipo, en el que destacaba el doctor Javier de Belaunde, que no aceptó formar parte de la lista, pero que fue sin duda el que con mayor talento colaboró. También actuaba, todavía con más entusiasmo que conocimientos, un joven y bisoño estudiante de Derecho, al que el candidato había escogido para secretario personal, hecho que evidenció su intuición y perspicacia. La importancia de ese joven fue creciendo en la campaña por su inagotable capacidad de trabajo, su lealtad y, no cabe duda, su talento. Era Guillermo González Arica.

Cuando me presenté con mis documentos bajo el brazo, sentí la misma sensación que experimenté el día en que, acabado de salir del colegio, me presenté a los exámenes de admisión de la Universidad Católica. Fui leyendo uno a uno los trabajos, me alentaba el respetuoso silencio con que se me escuchaba y las expresiones de interés que alcanzaba a ver en los rostros. Al terminar, ellos se miraron entre sí sin saber a quién le correspondía iniciar la ronda de comentarios. Fue el doctor Javier de Belaunde el que primero se pronunció diciendo más o menos lo siguiente «era cierto, jamás un abogado hubiera podido plantear los problemas y sus soluciones en términos tan novedosos, tan no convencionales e impactantes como lo ha hecho Alfonso. Yo no les cambiaría ni un punto ni una coma». Luego de que Jorge escuchara las opiniones coincidentes de sus otros colegas, dirigiéndose a mí con conmovedoras palabras que trasuntaban el gran respeto que dispensaba al trabajo intelectual ajeno, me dijo al terminar: «Alfonso, es un gran trabajo, vamos a ganar» y no me cambió un punto ni una coma.

Salvo excepciones notables, yo había estado acostumbrado a soportar que en estos asuntos de estrategia y publicidad —que siempre son opinables y donde aparentemente funciona solo el sentido común, que en realidad es el menos común de los sentidos y que, sin embargo, todo el mundo cree poseer— los candidatos me presiona-

ran, generalmente sin éxito, para que yo cambiara los planteamientos a su gusto. Advertí en estos candidatos tanta obstinación como ignorancia y petulancia. Vale la pena que aquí diga que el peor enemigo que casi siempre tiene el éxito de una campaña es el propio candidato y su entorno más íntimo. Pero también es justo que remarque que este no fue el caso en la campaña del doctor Avendaño, pues él y su equipo, haciendo gala de un gran respeto por la especialidad profesional de cada uno, nos dejaron trabajar mientras ellos cumplían con sus tareas directrices y protagónicas de una manera admirable, manera que, a la postre, estableció la diferencia que hizo el éxito.

La meritoria victoria de Jorge Avendaño y su posterior reelección por un periodo más deben ser juzgadas en su real valor, teniendo en cuenta que frente a él tenía un competidor ciertamente talentoso, carismático y bien dotado, que después logró ser electo y reelecto en sucesivas contiendas en el gremio de los abogados de Lima.

No tengo a mano los materiales de comunicación con que el doctor Avendaño se relacionó con el electorado pidiéndole el respaldo de su voto. Sí recuerdo que, viéndolo ir y venir durante la campaña sin ahorrar un esfuerzo ni dar tregua a la fatiga, prodigando respeto para todos: respeto para nosotros, respeto para su equipo, respeto para los electores, respeto para sus opositores, respeto para el Colegio y respeto implícito en cada uno de los puntos de su programa de gobierno, no tuve ninguna duda en elegir la palabra *respeto* como recipiente idóneo en el cual trasegar su personalidad, su vida y todos los planteamientos de su campaña, ayudado, claro está, por la pulcra identificación entre el continente y el contenido.

El nombre de Jorge Avendaño se transformó, así, en sinónimo de respeto y, a la inversa, el término Avendaño llegó a significar, y sigue significando, respeto.

Las frases que se utilizaron en la campaña tradujeron, pues, con exactitud, el espíritu de un hombre que prodiga y recibe respeto por donde va:

- «Jorge Avendaño, un hombre que respeta y se hace respetar»
- «Respetos guardan respetos»
- «Solo merece respeto quien se hace respetar»
- «Solo es respetable el que respeta»
- «Jorge Avendaño te respeta y te hará respetar»

Como colofón diremos que, tiempo después, cuando nos ocupamos de su campaña al Congreso de la República, nos fue fácil ganar, porque tras una brillante gestión al frente del CAL en años que quemaban, se impuso la imagen de un abogado altivo que, haciendo del respeto oriflama, se constituyó en el principal dique de contención frente a las marejadas autoritarias de la dictadura que empezaba a perfilarse con caracteres inequívocos.

La de un hombre sabio, cabellera gris, libros bajo el brazo, caminando pausadamente en los momentos en que las luces del amanecer apagaban el brillo de los faroles que sobrevivían a la noche mientras meditaba en los destinos del Perú fue la imagen que el pueblo recibió de él como expresión natural de quien la poseía por derecho propio.